

¿Otro futuro es posible? Respuesta a “El Futuro que no fue: Tres tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea”

Estefanía Vidal Montero²

“The times they are a-changin’”
Bob Dylan, 1964

El celebrado antropólogo de la diáspora Afro-caribeña Michel-Rolph Trouillot en su libro “Silencing the Past” (1995), plantea que los seres humanos participamos en la historia como actores y como productores de narrativas. Esta distinción entre “lo que pasó” y lo que “se dice que pasó” son dos momentos claves donde se *crea* la historia (como discurso y práctica) y son también las instancias donde más insistentemente interviene el poder, en el sentido foucaultiano. En este espacio es donde se producen los “silenciamientos”, aquellas operaciones que obliteran ciertos momentos en la producción de fuentes, archivos, narrativas y procesos de retrospcción. No obstante, sostiene Trouillot (1995), la historia deja rastros que limitan lo que el discurso puede crear: monumentos, archivos, edificios, diarios, cuerpos. Los trazos materiales nos recuerdan que no cualquier ficción puede pasar por Historia(s). Este es su primer llamado de atención sobre la relevancia histórico-política de las disciplinas que se abocan al estudio de las materialidades.

La reflexión escrita por Simón Sierralta (2020) justamente nos propone identificar esos silencios e iluminarlos con lo que, en teoría, mejor entendemos: las materialidades. Haciendo un examen de las instituciones y prácticas en las que operamos como disciplina, el autor propone que, desde el Golpe Militar, la arqueología ha sido cada vez más complaciente con el sistema que justamente se encargó de provocar aquello que criticamos como vacío: la escisión del resto de la sociedad, la pérdida del “componente social” y la transformación de la disciplina en una ciencia de lo material o entidad técnica, que responde a las necesidades de un nuevo Chile moderno y neoliberal. El autor nos invita a pensar en aquellos eventos cuyas consecuencias seguimos viviendo, recordándonos que como disciplina que escribe sobre la (pre)historia, no podemos situarnos fuera de ella.

El artículo nos ofrece distintas provocaciones sobre el quehacer arqueológico que funcionan también como una periodificación de los últimos 40 y tantos años de historia chilena, presentándola en tres tesis—en un eco a la versión hegeliana de la historia. La primera reflexiona sobre cómo el Golpe Militar y posterior dictadura provocaron la desarticulación de la disciplina, pero cuyos verdaderos alcances para nuestra práctica han sido comprendidos de manera insuficiente. La segunda describe cómo se instala un sistema de producción científica, académica, patrimonial que se funda en un orden de mercado, de competencias individuales, de fracturación de proyectos de desarrollo científico social. La tercera reconoce en el momento actual, una arqueología que termina acomodándose a la *forma* sin ninguna modificación de *fondo*. Dos décadas después del cambio de milenio, atiende el autor, nuestra disciplina sigue sin articularse con un proyecto político y social concreto que se consolide en formas *alternativas* de hacer arqueología. Nuestra práctica se mueve en un contexto cortoplacista y a-territorial que no permite un encaje real con el resto de la

2 Candidata a Doctora en Antropología, Universidad de Chicago. Email: evidalmontero@uchicago.edu

sociedad, “¿cómo pensar en alternativas?”, finaliza Sierralta. Tomando esta última interrogante como la principal provocación del artículo—y atendiendo al llamado de su autor a reflexionar sobre los efectos de la historia reciente sobre la práctica arqueológica — ofrezco una breve reflexión sobre el momento actual y sus posibilidades. Sugiero que, como ya han propuesto otros autores (proyectos para una práctica arqueológica anti-colonial han sido propuestos, por ejemplo, por Haber, 2016), si imaginamos el actual como un momento de síntesis, el futuro que se configura para la arqueología desde Sudamérica debe ser decidida e insistentemente anti-colonial. Esto significa que necesita de voces y espacios subalternos, ofrecer escenarios sociopolíticos distintos, reflexionar sobre las formas en que contribuye a la reproducción de estructuras coloniales y ocuparse de los silencios de la historia.

Admito que escribo este comentario desde Chicago, mientras termino un doctorado financiado por Becas Chile, por lo que quizás estas palabras suenen algo cínicas. Trouillot (1995), por otro lado, fue profesor del departamento de Antropología de la misma institución que Friedman y sus Chicago Boys; imagino que algo sabía de la versión de la historia que se tramó en la escuela de Economía. Mi encuentro con el anti-colonialismo de Trouillot fue, en efecto, a través de sus escritos en la Universidad de Chicago. Estas palabras, por tanto, se escriben desde una posición bastante paradójica que se sitúa ciertamente dentro de un espacio colonial, como es la academia.

Y si bien proponer que nuestra labor como arqueólogos debe ser anti-colonial no es novedosa, mientras escribo las noticias hablan de supremacía blanca, de neo-fascismo, de atentados anti-musulmanes, anti-semitas, anti-gays, anti-negros, a la vez que protestas anti-racistas proliferan en distintas partes del país, atribuidas a uno de los movimientos sociales más grandes de la historia de Estados Unidos (Buchanan et al. 2020). Al mismo tiempo, se retiran, intervienen, o caen las estatuas de Colón en Miami, Boston, Baltimore y Virginia—esta la última, una de las colonias más ricas del Imperio Británico en América; del ex presidente estadounidense Theodore Roosevelt montado a caballo, flanqueado por un hombre indígena y otro africano que le siguen a pie, en las puertas del Museo de Historia Natural de Nueva York; del traficante de esclavos Colston en Bristol, Inglaterra; del conquistador español de Nuevo México Juan de Oñate, en Albuquerque. Y por cierto la de Manuel Baquedano, en la Plaza de la Dignidad, en Santiago de Chile hace ya varios meses. Definir si este momento se trata o no de una revolución, la manifestación de una nueva consciencia, o una disrupción en el *status quo* que traerá consigo un capitalismo más salvaje y seductor, es una tarea casi imposible. Todo esto en un contexto donde una pandemia nos recuerda que la enfermedad es también parte nuestra herencia colonial (y capitalista), matando a más pobres que a ricos, a más negros que a blancos, desapareciendo a millones hace 500 años.

En el libro que antes referencio, Trouillot (1995) se centra en uno de los eventos más significativos de nuestra historia americana post-conquista, pero de la que poco sabemos y menos celebramos: la revolución haitiana. En 1790, algunos meses antes del inicio de la insurrección que partió en Santo Domingo, el colonialista francés La Barre le aseguraba a su esposa metropolitana que la vida en los trópicos era muy pacífica: “There is no movement among our Negroes... They don’t even think of it. A revolt among them is imposible” (Trouillot 1995: 72). La revolución haitiana fue, mientras ocurría, impensable, mantiene el autor. Los funcionarios franceses no eran capaces de entender que una insurrección era inminente; ¡No era posible que los *esclavos*, esos que jamás entenderían de libertad, igualdad y fraternidad porque carecían de humanidad, fueran a desear, planificar y ejecutar un plan para reclamar su emancipación! Esa era tarea de los mismos franceses, que estaban teniendo

por ese momento su propia revolución. El silenciamiento de la revolución haitiana, que es parte de la misma lógica que sigue actualmente castigando a Haití por su insurrección colonial y que ha convertido a Colón en un héroe Yankee, es el discurso que, de un tiempo a esta parte, estamos viendo caer.

El artículo de Simón nos recuerda insistentemente que la arqueología es, por un lado, *productora* de historia a la vez que partícipe en ella; opera en efecto, como actor y productor. En tal escenario, es fundamental el compromiso reflexivo con nuestra práctica, que no puede quedar divorciada del mismo proceso histórico en el que se inserta. En el actual contexto histórico, momento clave donde parece vital reconfigurar los añejos discursos históricos para que reflejen *realidad*, donde se caen viejos monumentos, nuestra postura anticolonial se ha vuelto urgente. Y como proclamaba (el ahora viejo) Dylan en los 60's, cuando el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos se encontró con la larga historia de la música folk, lo que sí sabemos es que los tiempos están cambiando. Esa no es una idea nueva.

Referencias citadas

- Buchanan, L., Bui, Q., Patel, J. K. 2020. Black lives matter may be the largest movement in US history. The New York Times. <https://www.nytimes.com/interactive/2020/07/03/us/george-floyd-protests-crowd-size.html> (3 de Julio 2020).
- Haber, A. 2016. Decolonizing archaeological thought in South America. *Annual Review of Anthropology* 45:469-485.
- Sierralta, S. 2020. El Futuro que no fue: Tres Tesis sobre la Arqueología Chilena Contemporánea. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50. En prensa.
- Trouillot, M-P. 1995. *Silencing the past: power and the production of history*. Beacon Press, Boston.